

Cómo deben tratarse los problemas pedagógicos

PREPARACIÓN Y MÉTODO PARA ESCRIBIR

I

En las escuelas normales y en los cursos universitarios de perfeccionamiento, en los exámenes de concurso para optar á los puestos de maestro, de director didáctico y de inspector escolar, se constata que la prueba escrita de pedagogía, la prueba que determina la capacidad de los candidatos, deja que desear. No es una idea original, se dice, no es una exposición que pruebe estudios serios y fina observación, independencia de espíritu y de juicio, reflexiones personales, vigor en el razonamiento, sino ideas expuestas más ó menos confusamente, repeticiones mal hechas de lecciones aprendidas en la escuela, prólogos largos de psicología abstracta, mosaico de frases y de citas, inexactitud de estilo, impropiedad de expresión: trabajos, en fin, que revelan defectos en la preparación y falta de cultura general y profesional. ¿De dónde proviene esta deficiencia? ¿De quién es la culpa si los candidatos, en una prueba así, demuestran no saber escribir? Hay quien culpa, más que á los maestros, á la mala ordenación de la escuela normal. Esto es debido á «*la acepción absurda, por no decir delictuosa*», que tiene dicho instituto; el hábito de reflexionar y meditar, es indispensable en el cultivo eficaz de la observación de los que aprenden, sin la que no es posible la adquisición del conocimiento.

«Estamos todos, ó casi todos, de acuerdo en reconocer que la enseñanza en las escuelas normales es defectuosa y fragmentaria, inorgánica y superflua, hecha para llenar la inteligencia, no para nutrirla; aquí deficiente y allá pletórica, incapaz, por lo general, de dar á los jóvenes la noción exacta de los valores intelectuales y de las relaciones entre la realidad y el espíritu, sin la cual las múltiples relaciones no hacen ni ciencia ni conciencia».

No todo el mal que se deplora se debe á los programas deficientes y á las diversas materias de la enseñanza; depende un poco

de que la enseñanza de la Pedagogía — salvo las excepciones que no son pocas — es antipedagógica, continúa teniendo el defecto de no estar de acuerdo con sus propios preceptos. El sistema de las lecciones dictadas y de los cursos ex-cátedra, el cultivo casi exclusivo de la memoria sobre las demás funciones del pensamiento. La verdadera cultura, que es actividad incesante, esfuerzo aún penoso, necesita de ideas lógicas y claras, iniciativa personal, meditación paciente, espíritu crítico siempre despierto, curiosidad múltiple, capacidad de aprender cosas nuevas, deseo, en fin, de continuar el perfeccionamiento intelectual aunque se haya abandonado la escuela. ¿Quién se cuida de aquella *forma mentis* que se crea con el buen método, con la afectividad, con el corazón, con el arte educativo?

Luis Credaro, resumiendo, en la *Cultura* del 1º de Enero de 1899, un trabajo de E. Bernheim, *Der Universitätsunterricht und die Erfordernisse der Gegenwart*, escribía: «En la Universidad se da mucha importancia á la exposición académica, que hace al estudiante pasivo, y no fecunda el espíritu de observación, el pensamiento individual, la iniciativa». Lo mismo puede repetirse para la escuela normal. Los alumnos que la frecuentan tienen una aptitud de espíritu deplorablemente pasivo, porque la lección no es viviente y vivaz que, penetrando con la suavidad de la forma en la mente del discípulo, emite el pensamiento; raras veces se tiene el placer de observar que el alumno, habiendo aprendido una teoría, sienta la necesidad de corroborarla con el estudio personal. Al esfuerzo de la investigación, á la elaboración activa del espíritu, prefieren el cómodo sistema de fiar á la memoria, *sic et simpliciter*, el pensamiento de los demás.

La escuela normal falla en su fin, y su función se reduce á conferir diplomas. Los jóvenes estudian para el examen (y por eso estudian pésimamente); una vez aprobados, no estudian más. «El alumno de nuestra pedagogía oficial, decía Cayetano Salvemini, en una conferencia dada en el Colegio Romano, toma la libertad para acabarla con el estudio, como toma la primera comunión para acabar con la fe». Por eso los maestros, en general, que egresan de las escuelas normales, no estudian más, no sienten la necesidad de repetir las lecturas hechas, de definir las nociones adquiridas. La pedagogía parece así indigesta, severa y abstrusa, porque no se imparte con el calor de los sentimientos y de la convicción. Abandonan los libros, las investigaciones personales, los trabajos que forman el juicio y que mueven el pensamiento, olvidando las sabias palabras que el canciller de Agnesseau decía al hijo que egresaba de la Universidad: «Hijo mío, tu clase ha terminado, tus estudios comienzan». En cuanto á los exámenes, no tienen preparación intensa y concienzuda; solo uno ó dos meses antes del día fijado para las pruebas van errando de aquí y de allí, copiando páginas enteras de manuales de pedagogía viejos y poco conocidos, robando palabras y pensamientos de los que no comprenden el significado; y en fin, aprenden de memoria las cosas más difíciles é inútiles, resúmenes, formularios y quizá manua-

les enteros. Llegado el día de los exámenes, se presentan con el ánimo de aquellos que toman parte en un juego de suerte. Los *elaborados* naturalmente se arrepienten de su obra, y dejan en los examinadores una impresión semejante un poco á ciertas salsas compuestas de infinitas drogas, con la cual algunos cocineros tratan de ocultar la falta de frescura de los alimentos preparados.

Los temas de pedagogía, para ser bien desarrollados, requieren, más que erudición, más que memoria, ideas precisas, espíritu de observación, ejercicio activo de la inteligencia, aptitudes para reflexionar y meditar. Ahora bien, estas cualidades no se adquieren en pocos meses de estudio afanoso; se requieren años de labor asidua, tenaz. Los libros de texto y las antologías, los resúmenes y los formularios convencionales, los manuales hechos para la preparación acelerada para los exámenes, no pueden colocarlos en condiciones de tratar convenientemente cualquier argumento de pedagogía sistemática, histórica ó práctica. Es necesario primeramente una preparación filosófica, no siendo posible hacer un trabajo bastante serio en materia pedagógica, sin aquel espíritu crítico que se adquiere con el estudio sistemático de la filosofía.

Es necesario, pues, hacer un estudio de la pedagogía teórica y práctica, de la historia de la pedagogía (debiéndose leer los clásicos), de la legislación escolástica y de las ciencias fundamentales y auxiliares de la historia y de la práctica de la educación.

Pero no basta formarse una sólida preparación profesional. Cualquiera que cierre la vida en el breve ámbito de la especialidad científica que cultiva, reduce también el cerco del alma y concluye por transformarse á sí mismo, como decía Nietzsche, en un obscuro laboratorio, para luego empobrecerse de energía. La preparación profesional necesita ser corroborada con una preparación general, libre y desinteresada, por lecturas de índole histórica, artística, política, científica, literaria y religiosa. Estas lecturas, mientras evitan el daño de los estudios especiales, extienden el horizonte del pensamiento, concurren á dar autonomía al espíritu y nos familiarizan con los grandes problemas que agitan nuestra época.

La preparación general, elevándose, hace de cada uno de nosotros un hombre, una persona humana. Dejaríamos de ser tales, después de algunos años de escuela, si nos desinteresáramos de todo aquello que puede no solamente mantener, sino acrecentar nuestra energía intelectual y moral.

El mejor alumno de las escuelas normales que no sigue las grandes manifestaciones del espíritu humano, que no se ha dispuesto á reunir, comprender y revivir en sí cualquier manifestación del pensamiento, á gozar y á sufrir de la vida espiritual de los demás, á expandir largamente y activamente la propia, se torna no solo incapaz de tratar adecuadamente cualquier cuestión pedagógica, sino que corre el riesgo de adquirir aquel *tourneur d'esprit primaire*, que no siempre es injusto calificar de intolerancia y de presunción. Buscamos todo aquello que estimula nuestra vida interior: los bellos espectáculos del arte, las lecturas sugestivas nos tienen al

corriente de las investigaciones de la ciencia, no pasando desapercibidos para nosotros ni un movimiento literario, ni un descubrimiento científico. Leamos los poemas nuevos, hagámonos explicar las invenciones que modifican alrededor nuestro el curso de las cosas; no dejemos, en fin, de alimentar nuestras mentes, de abrazar, en cuanto sea posible, el saber, y de tomar parte en la impulsión progresiva del pensamiento y de la civilización. «La ley de los espíritus, decía Vauvenargues, es igual á la de los cuerpos que no pueden mantenerse sin un alimento continuo».

Con esto no hemos designado el programa de los estudios específicos necesarios para formar una verdadera preparación pedagógica; pero ésta, por sí misma, no es una suma de conocimientos, un simple agregado de noticias; es, especialmente, la disciplina del intelecto y el método. «No basta, dice Cartesio en su *Discorso sul metodo*, poseer una buena mente, lo importante es cultivarla bien». Napoleón I decía: «En cada cosa es necesario encontrar primero el método; no hay ninguna cosa difícil de la cual no se pueda llegar á un fin, si se encuentra el verdadero modo de proceder; encontrando éste, lo demás no es nada».

El orden, el método impuesto al propio pensamiento, responde á aptitudes personales. Queriendo sacar de un libro la mayor utilidad, se recorren rápidamente las páginas para entrar en el alma del autor. Hecha esta primera lectura, la segunda será lenta, meditada, tranquila. Entonces, leyendo, es necesario pensar, junto con el autor, el mismo argumento tratado por él, explicar las ideas principales, darle su relieve, discutir las libremente con independencia de juicio, confrontar lo que ellos dicen con lo que nosotros pensamos ó hemos tenido ocasión de observar. Después, es necesario resumir los hechos ó las doctrinas, y clasificar los apuntes tomados por orden alfabético ó por materia. Se educa así la mente á la rápida vista de conjunto y se habitúa á no destruir las relaciones adquiridas, sino á recogerlas y dirigirlas á un fin determinado.

Concluida una lectura, no se debe pasar enseguida á otra, es necesario tratar de controlar la práctica con la teoría del libro, tomar aquellas ideas que nos parecen justas y hacerlas propias mediante una larga meditación.

Las lecturas hechas en esta forma, desarrollan el juicio crítico que, junto con el conocimiento de los principios pedagógicos generales, llamado más comúnmente juicio pedagógico, forman el espíritu científico, educan la mente para interpretar cada hecho nuevo según su valor; transforman, en fin, el pensamiento en cultura personal.

Bacon decía que algunos libros basta examinarlos, otros importa masticarlos y digerirlos. No se trata de leer muchos libros, sino de escoger pocos, para que se pueda vivir íntimamente con ellos, consultarlos á menudo á fin de adivinar y escoger lo más importante.

No basta solo consultar los autores predilectos; es menester también amarlos, ya que el autor que se ama, se lee y se entien-

de también mejor. Conviene tratar de ajustarse á éstos en cuanto sea posible, conocerlos en su tiempo, en su ambiente, en su carácter; hacerlos enteramente nuestros, leyéndolos junto con el corazón y con la mente. Es necesario, en fin, que las obras predilectas sean de nuestra propiedad para poderlas ordenar, hacerles los puntos de exclamación é interrogación, señalar las márgenes, doblar las páginas, leerlas y releerlas en las horas en que nuestro espíritu está mejor dispuesto á recibir una impresión viva y útil.

Como complemento de la lectura de los libros mejores será necesario aprender de memoria trozos largos ó imitar á aquellos escritores, que no solo han leído y releído ciertos autores para asimilar el estilo, sino que han copiado capítulos enteros. Este ejercicio no es solamente útil para el estilo, sino también una de las ayudas más potentes para la invención, la disposición y el desarrollo del sujeto, ya que los buenos libros, además de sugerir ideas, dan ejemplos. Debe ser para nosotros un modelo el cual, al escribir, debemos comparar.

No se debe leer continuamente. Leyendo demasiado, nuestras ideas y nuestros conocimientos se confunden y pierden sus caracteres originales. Nada debilita tanto el juicio, nada enerva tanto el espíritu como el exceso de la lectura. Si se quiere mantener una cierta independencia del pensamiento, es necesario no solo que la lectura inutilice el trabajo interno del espíritu, sino que se una á la observación directa de los hechos; el estudio de los hombres y de las cosas que se hace en la verdadera escena de los sucesos humanos y no en los libros. «Las fuentes originales y reales del conocimiento no son los libros: son la vida misma, la experiencia, el pensamiento, el sentimiento, la acción personal. . . Sin la experiencia de la vida, los libros son como la lluvia y los rayos del sol, que caen en un terreno no surcado todavía por ningún arado».

Pero no basta, para poder desarrollar convenientemente un argumento, tener un acopio suficiente de conocimientos; es necesario también ejercitarse en el arte de componer. Uno de los medios para llegar á ello es el ejercicio frecuente. Aristóteles decía que se forma el arquitecto construyendo, el músico haciendo música. Del mismo modo el arte de escribir se aprende escribiendo. Es necesario que nuestro espíritu, después de haber emitido de una lectura el mejor criterio, juzgue los caracteres de la unidad, de proporción y de armonía, que son propios de las más perfectas obras de arte. Se llega así no sólo á organizar mejor los conceptos en el espíritu, sino también á ordenar y á exponer las ideas propias dentro de los límites impuestos por un tema. Con el ejemplo y con el ejercicio estudiando los modelos de análisis y de discusiones, procurando tratar gradualmente objetos siempre más difíciles, se adquiere el arte de componer. No se deje pasar un día sin escribir á lo menos una línea. *Nulla dies sine linea*, decían los antiguos, y Pécant decía lo mismo respecto á sus alumnos de Fontenay: «Escribid cada día cualquier cosa que habéis

pensado». Si antes de presentarse á un examen no se han tratado por escrito un gran número de temas, si la mente no se ha ejercitado en este género de trabajo, corre el riesgo de que sea incapaz de producir cualquier cosa buena en el día de la prueba.

Esta preparación, lenta y ordenada, debe ser hecha en su debido tiempo, de modo que el candidato tenga la mente reposada y serena cuando se presenta al examen. Es también conveniente que, á lo menos un mes antes del examen, se lea libros de refinada cultura, que no tengan nada de común con la prueba que debe tratar; y que un poco antes de la hora establecida, vaya á paseo. «Una hora de buen tono nervioso en un examen, dice W. James, vale muchas libras de preparación intensa y ansiosa».

Expuestas estas consideraciones de carácter general, entraremos ahora á hablar de las normas referentes al desenvolvimiento de los temas de pedagogía.

El tratamiento de un sujeto no es cosa que puede ser enseñada con reglas precisas. El arte de escribir se pretende en vano reducirlo á una fórmula ó á una regla. Las fórmulas más exactas, las reglas más precisas, pierden su valor y su eficacia para el candidato que no sabe ni comprenderlo, ni aplicarlo. Estas observaciones tienden á impedir que sigan un falso camino.

La primera condición esencial para hacer un buen trabajo es escoger, teniendo la facultad, un argumento que pueda ser desarrollado por nosotros. Horacio dice que quien ha hecho una buena elección del sujeto, será elocuente y ordenado.

Si el tema es designado por otros, para desarrollarlo bien, es necesario tratarlo detenidamente, teniendo dentro de la sinceridad todos los factores emocionales é intelectuales del buen acierto. «Escribir aquello que se sabe, aquello que se ha visto y comprendido, aquello que se piensa y que se siente, eso es — según Pérez — el alfa y la omega del arte tan simple y tan oportuno de escribir».

En la designación y en la elección de los temas, es necesario tener presente á Felleberg y Siciliani, que en los laboratorios pedagógicos de la mujer prevalece un deseo: la necesidad de la educación, mientras que en el del hombre, predomina la tendencia á instruir.

II

Cada tema, cualquiera que fuere, requiere siempre una triple operación: la invención, la disposición y el desarrollo de las ideas.

La invención consiste en estudiar con calma y con paciencia el tema, midiendo el sentido de las palabras que forman el texto. Solamente una sola palabra, ó algunas palabras, aclaran toda la cuestión. Después de haber comprendido bien el enunciado y de haber definido los términos esenciales, convendrá reflexionar y meditar sobre el argumento.

Generalmente ocurre que, en un examen, el tema se presenta

fácil á algunos candidatos, y entonces comienza inmediatamente á desenvolverse diciendo todo aquello que viene á su mente. Los otros, costándoles cubrir las páginas de las hojas distribuidas para el examen, se sienten invadir por el apremio, y se ponen á escribir con furia ellos también, sin meditar primeramente. Esta es una de las razones por lo cual muchos salen mal en el examen. Es necesario tener en cuenta que todos los temas tienen una cierta importancia, y que, si para algunos éste se presenta fácil, demuestra que no lo han comprendido.

Para querer tratar, como es debido, una cosa por simple que sea, es necesario poseer ante todo ideas y pensamientos. Después se medita profundamente sobre el argumento.

Aquellos candidatos que, impacientes de esta meditación, apenas tienen el tema toman la pluma y se ponen á escribir, ó dicen demasiado poco, ó dicen cosas demasiado comunes y por lo general salen también del tema; ó bien, teniendo alguna cosa que decir, la dicen en una forma que no tiene vida; es porque no han meditado bastante. Un aforismo de Quintiliano dice: «No es escribiendo á prisa que se aprende á escribir bien, sino escribiendo se aprende á escribir ligero». «Anda despacio porque tengo prisa», decían los jesuitas á sus alumnos.

Será por esto necesario que el candidato, si quiere que el tema tenga vida, y que esta vida sea comprendida por los otros al ser manifestada antes de escribir el tema, es menester pensar mucho. Con el *pensarcisu*, llegarán á compenetrarse del tema y de todas sus relaciones, escribirán en forma y con colorido, respondiendo al objeto con ideas propias.

«Cuanto menos habréis pensado, dice un gran maestro, tanto más os fatigaréis después y con menos frutos. Cuanto más habéis vuelto y revuelto el sujeto por la mente antes de escribir, con tanta mayor rapidez escribiréis después, y esta rapidez no será precipitación, sino ímpetu espontáneo que tendrá ventaja en la expresión y la fluidez del estilo. Ninguno — dice D'Amicis — escribe nunca una página verdaderamente bella, rigurosamente lógica, perfecta, que no sea el último efecto instantáneo de un trabajo anterior de su pensamiento».

Es necesario, entonces, para escribir bien, pensar bien; pero para escribir bien, es necesario también sentir profundamente.

Este trabajo de invención escapa enteramente á cada regla; ninguna teoría podrá dar al candidato la riqueza de las ideas y la profundidad del pensamiento. Todavía algunas normas, enseñando en qué sentido debe dirigir sus esfuerzos, contribuyen á hacer el trabajo más fácil y más fructuoso.

En la investigación de las ideas se pueden seguir dos métodos. El primero consiste en reunir todas las ideas que pueden tener cualquier relación, aunque lejana, con el tema. Así se buscarán en la psicología, en la lógica, en la moral y en la historia de la pedagogía todas las ideas que pueden servir para el argumento. El candidato podrá también buscar medios en los manuales pero transformando el material y adaptándolo al tema. El segundo mé-

todo es buscar en el texto las ideas madres y las partes principales de la disertación. Mientras con el primer método se pone en juego la imaginación, con el otro se hace uso del razonamiento, se escruta, se desarrolla el enunciado, se trata de hacer surgir la solución. En otros términos, el fin que se persigue es el descubrimiento de una tesis precisa, bien definida, que dé la respuesta á la cuestión y que sea como el alma de la disertación.

Estos dos métodos son inseparables y se completan recíprocamente: el primero reúne los materiales de la disertación, el segundo los ordena y les da, en cualquier forma, el alma.

Durante el trabajo de la invención, para aliviar la memoria y para acumular el material que concurre á la obra definitiva, puede ser útil tomar apuntes cada vez que las ideas germinan en el cerebro. Siendo la misma operación mecánica de la escritura, una distracción, es preferible hacer como aquellos grandes maestros que meditan toda una obra y la integran en el pensamiento antes de verter una sola nota en el papel.

Reunidas mentalmente ó por escrito todas las ideas que parecen convenir para tratar el argumento, es necesario entonces hacer breve sea el escrito en el cual deberán ser expresadas.

Entre las ideas sugeridas por el sujeto es necesario elegir no aquellas que parecen más brillantes, y para demostrar que si se han hecho investigaciones profundas, aunque aquellas que son en realidad más sólidas y más propias prueban que se sabe bien, esto es, que se ha aprendido. Más que la cantidad, importa la calidad.

«Es necesario pesar, decía Montaigne, y no contar las ideas propias». No es necesario dejarse vencer por el amor propio. Queriendo decir todo, sin importar si las ideas convergen ó no al tema, y si verdaderamente están de acuerdo con la demostración del asunto, los candidatos comúnmente dicen á medias lo que ellos piensan. Un grave defecto en los componentes pedagógicos no consiste en decir la mitad de las cosas que se necesitaría decir, sino decir á medias lo que se dice.

III

No basta encontrar y elegir las ideas, es necesario también ordenarlas según sus relaciones. La buena disposición de las ideas es lo más importante. En cada sujeto es difícil encontrar ideas completamente originales, ya que todo se ha dicho; pero se puede, mediante una nueva disposición, una nueva colocación de éstas, dar al propio pensamiento una impresión personal.

Por consiguiente, se deberá pensar cuáles ideas hay que decir primero, cuáles después y cuáles últimas, para hacer que todas las partes del trabajo estén encadenadas de modo que formen un todo orgánico, y no un mosaico de pensamientos inconexos. Los antiguos comparaban el trabajo de los escritores que ordenan sus ideas

para la defensa de una tesis, con un general que dispone sus batallones para el combate. En los casos la victoria depende tanto de la táctica adoptada como de la bravura de los soldados y del valor de las argumentaciones. Si todos los elementos que se ponen en juego obedecen á una misma dirección, tendiendo al mismo fin, si se sostienen recíprocamente, la victoria será segura. El mínimo argumento, en fin — ó el ínfimo soldado — que, preso de sí mismo, parece importante, puede adquirir un valor inestimable.

Para hacer más fácil el trabajo de invención algunos recurren á varias fuentes, tales como las *definiciones*, la *etimología*, las *enumeraciones*, las *causas* y los *efectos*, los *contrarios*, etc.

Las partes principales del escrito son: el *exordio*, la *exposición*, la *comparación*, el *ejemplo*, la *prueba* y la *conclusión* compendiada en el verso: *Quis? Quid? Cur? Contra, simile et paradigmata, testes*. Cada dispone las partes principales en el orden siguiente: 1º análisis del tema; 2º demostraciones negativas; 3º demostraciones positivas, experimentales y racionales de cada asunto importante; 4º comparaciones y síntesis de los resultados obtenidos; 5º aplicaciones prácticas; 6º conexiones de los resultados con las doctrinas dominantes en la ciencia moderna. Todas estas distribuciones tienen un doble oficio: *lógico* porque la demostración es más clara y eficaz; *psicológico*, porque reclaman la atención de los lectores.

Son estas las divisiones naturales del tema único, que constituyen los adentellados necesarios al desarrollo ordenado del tema y que sirven para guiar y sujetar la mente para que no divague. Cuanto más se ven los puntos principales del desarrollo y los centros de gravedad alrededor de los cuales convergen las ideas, tanto más fácil será abarcar el trabajo con una simple ojeada, como si fuese una construcción arquitectónica, y hacer un todo homogéneo, un compuesto orgánico.

Cartesio decía, que para resolver un problema, era necesario descomponerlo en tantas partes cuantas eran necesarias á resolverlo. Esta es una regla que se aplica no solamente en la investigación científica, sino también en la composición pedagógica. El trabajo preliminar de *división* y de *clasificación* de las ideas es absolutamente indispensable, porque permite pensar con orden; pero el orden no basta; es necesario también el movimiento. No consiste todo en haber dividido: es necesario reunir. Desarrollar sucesivamente diversas cuestiones referentes á un cierto sujeto, no significa tratar este sujeto, es menester que el desarrollo parta de la unidad. Esta unidad se obtiene no perdiendo nunca de vista el sujeto propuesto, mostrando á propósito de cada desarrollo particular cuales son las relaciones con el desarrollo general, encadenando las ideas las unas con las otras, de modo que cada una de ellas esté relacionada con la precedente y prepare la siguiente, y que el espíritu pueda parar, con un *movimiento* continuo, de la una á la otra, estableciendo entre las grandes divisiones del sujeto, transiciones normales.

Las leyes que rigen el trabajo de la disposición son: 1º las ideas deben ser dispuestas según el orden natural y lógico; 2º la dispo-

sición debe ser armónica en el sentido que debe aparecer la unidad orgánica de la materia, en forma de no excluir la variedad de los elementos que lo componen; 3º es necesario mantener una relación estrecha entre las ideas.

Una buena distribución de la materia aclara toda la extensión del sujeto y ofrece el medio más eficaz para conseguir la claridad y la evidencia. Al contrario, una composición mal construida y mal ordenada — como dice Gabelli — es una mujer fea. Aunque esté cargada de oro y brillantes, será la misma; si es jorobada se verá que es jorobada, toda las joyas que tiene encima no servirán para cubrir sus años y su monstruosidad.

IV

Elegidas y ordenadas las ideas, se puede, al terminar el trabajo, colocarlo en cada parte, darle una especie de vida interior que lo anime.

Antes de comenzar á escribir, para facilitar los retoques, se dividen las hojas en dos, en sentido vertical, y se escribe en la mitad de la izquierda. Si en el desarrollo se notan repeticiones ó correcciones, se coloca un signo particular y se continúa escribiendo procurando llegar al fin con una sola inspiración. El estilo surgirá así más igual y más vivo.

Al hacer el desarrollo verdadero y propio, es menester exponer los pensamientos en una forma clara y ordenada, y también en cuanto sea posible, bellos y atrayentes; pero estaría mal si se diese más importancia á la forma que al fondo.

Al principio es menester proponerse representar las ideas con el calor y con la disposición del momento en que se piensa, y expresarlas con la mayor sinceridad y eficacia posible. *Somos verdaderos al principio, seamos bellos después.*

Muchas personas, antes de desarrollar el tema, hacen su plan. Este método es aconsejado, especialmente cuando el escrito comprende muchas partes, porque es una ayuda en la ejecución del trabajo. Pero sea el plan, sea el desarrollo, debe siempre dividirse en tres partes: el principio, el medio y el fin. De estos tres elementos esenciales, el primero tiene una importancia especial, porque tiene por objeto predisponer al lector á recibir una opinión favorable ó desfavorable de lo que se dirá después.

Ocurre que, en los exámenes, ciertos alumnos, para demostrarse eruditos, no se deciden á entrar en el argumento, otros inician el desarrollo con afirmaciones categóricas, ó exponen al principio juicios que debieran hallarse en la conclusión; otros, en fin, comienzan prometiendo más de lo que pueden dar, y caen en el defecto de hacer surgir humo de la luz, en vez ésta de aquél. Para evitar caer en todos estos errores, lo mejor es entrar en seguida en el tema, reduciendo el preámbulo y entrando en el concepto fundamental del tema. Una introducción que no tenga nada de afectado,

que exponga neta y claramente la cuestión y ponga bien de manifiesto la *idea madre* que la domina, produce siempre un excelente efecto en el ánimo de los examinadores.

Después del preámbulo, viene la exposición del sujeto. Es aquí que conviene seguir escrupulosamente el orden del trabajo, disimulando el diseño en el desarrollo como el esqueleto bajo la carne. Los examinadores quedan siempre satisfechos cuando pueden constatar que la exposición tiene un orden lógico.

Constituyendo la exposición y la discusión de las ideas, la parte sustancial, el cuerpo mismo del trabajo, es menester concentrar la atención más escrupulosa y tener en cuenta estas advertencias:

I. En el fondo de cada tema encontrar siempre una *tesis*, es decir, una proposición que requiere ser demostrada. Desarrollar equivale á demostrar, ó sea, componer una serie de raciocinios ó de argumentaciones con el objeto de convencer á los demás y á sí mismos de la verdad que se afirma;

II. En un tema de puro razonamiento el secreto de la demostración está en encontrar el esquema lógico, que es un *silogismo*. Reducido el tema en la forma silogística, es natural que podrá ser desarrollado con mayor ó menor acopio de datos;

III. Los juicios demostrativos ó argumentos, de la validez de los cuales se deduce la verdad de la *tesis*, pueden ser tratados por la experiencia de las propias observaciones, de las lecturas hechas, y en fin y sobre todo, de las reflexiones personales;

IV. En todas las demostraciones se debe dar importancia á las notas primarias y esenciales desarrolladas á fin de que se sepa de qué se razona;

V. Si en la demostración ocurre que se debe sostener ó refutar una teoría, sea cual fuere nuestra opinión, antes de enunciarla se justifica con argumentos que nos hacen ver bien el valor;

VI. La verdad del asunto se debe probar con razones buenas y concluyentes, y no con la crítica de las visiones contrarias, porque probar que los demás no tengan razón no significa que nosotros tengamos razón;

VII. Es necesario prever, exponer y discutir todas las objeciones posibles;

VIII. En las pruebas para demostrar la verdad que se afirma, es necesario disponer los argumentos, de modo que se apoyen recíprocamente y que crezcan poco á poco de fuerza y de eficacia;

IX. Conviene dar siempre ejemplos en las definiciones, clasificaciones, análisis, demostraciones, etc;

X. Tienen necesidad, durante la demostración, de hacer citas, especialmente cuando exponen un pensamiento original y profundo. Las citas animan el tema y sirven de medio á la demostración; es necesario que sean de una exactitud rigurosa, que nos indique la fuente y que sean apropiadas y breves. Nada cansa más á los examinadores que las exposiciones largas de trozos de otros autores. Es oportuno recordar que casi siempre las ideas que se encuentran en las obras de los grandes pedagogos no son completamente nuevas; el mérito consiste en haberlas expuesto

más claramente. Conviene citar las ideas de los autores en dos casos: 1º cuando la idea expresada pertenece verdaderamente al autor, por ej.: *el imperativo categórico* de Kant; 2º cuando se pase una citación textual. Es superfluo advertir que citar un autor por el simple gusto de contradecirlo es — como dice Della Valle — una conveniencia bella más no buena. Cuando un pensamiento se saca de la obra de un pensador, de un pedagogo y es objeto de disertaciones, es necesario conservar la propia libertad de espíritu en el pensamiento mismo, procurando:

- a) Tomar bien el sentido;
- b) No pensar que la autoridad del nombre deba adherirse á la afirmación expresada;
- c) Precaverse de las afirmaciones demasiado conocidas y de las condenas absolutas.

Si se tratase de una máxima para comentar y criticar, será necesario escoger siempre el sentido más natural, más conforme á todo aquello que se sale de la doctrina á la cual pertenece. Se deberá también establecer si se trata solamente de desarrollar la máxima ó si en cambio se trata de refutarla, ó bien de apreciarla.

Su crítica presupone el conocimiento directo de lo que se examina y se discute; antes de criticar la doctrina de un autor, es necesario encontrarse en grado de saber en qué condiciones se encuentra en su mente un pensamiento, una teoría, y no fiarse de todo lo que han escrito los demás, sino después de haber constatado con los propios ojos la atendibilidad de ciertas afirmaciones. Muchos ofrecen el espectáculo cómico y desagradable de hablar de un escritor que nunca han leído, ó bien aceptan con toda fe las opiniones de los demás.

En las observaciones críticas de las doctrinas que se estiman y se respetan más, es necesario emplear más atención para convenirse que no se contradice sin buenas razones, y sin abandonar las opiniones propias.

En la crítica conviene también preservarse de las exageraciones y tener presente que, en materia de método y de educación, las opiniones extremas son siempre peligrosas.

Quien se propone exponer el sistema pedagógico de un autor, no basta que lo conozca en todas sus partes, sino también que lo posea en forma que el pensamiento se pueda mover deliberadamente y ágilmente, alterando el orden en la exposición, para facilitar, cuando es necesario, la inteligencia á los otros, é integrar en otros aquellas partes no del todo desarrolladas ó apenas bosquejadas, siendo siempre fieles al espíritu del autor. En la exposición de las doctrinas conviene no prevenir al lector el pro ó el contra: el deber del que expone es presentarla, tal cual es.

Queriendo discutir convendrá dividir el desarrollo del tema en dos partes bien distintas. La primera contendrá la exposición imparcial y completa de la doctrina sin ninguna alusión de crítica; la segunda, posiblemente en relación con la primera, pondrá de relieve todo aquello que tiene de verdadero y de falso en la doctrina que se examina. Criticar no quiere decir refutar.

Si de un autor no se ha examinado más que un trozo de la obra, conviene procurar no emitir un juicio sobre la obra entera, mucho menos sobre el autor.

En la crítica es necesario evitar aquel vicio que consiste en referir otros conceptos inconclusos, ó en el atribuir á los más notables pedagogos opiniones y principios diametralmente opuestos á aquellos que son la base de sus doctrinas.

En el desarrollo de los diversos temas convendrá observar las siguientes reglas:

Casi siempre cada tema puede desarrollarse históricamente. Si quieren exponer, criticar y conciliar las clasificaciones ya conocidas. Cualquiera que sea la clasificación que se adopte, es necesario siempre distinguir y comparar las diversas clases que contiene. Así clasificar la actividad del alma significa distinguir y comparar la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad.

En los temas que se presentan bajo la forma de un simple título *De la atención, del placer y del dolor*, etc., no conviene decir todo lo que se puede decir en el sujeto; pero es necesario hacer una elección entre los materiales y clasificarlos en orden.

Se procurará sobre todo, demostrar bien la esencia del sujeto, haciendo preceder la definición por ejemplos y análisis.

Si se tratase de responder con un sí ó con un nó una cuestión, es necesario ver á cual sistema se relaciona una y otra solución, examinar bien el valor de los dos, y desarrollar, en un orden progresivo, las razones de elección, cuando se inclina por la una más que por la otra. Se debe siempre responder en forma afirmativa ó negativa. Puede haber algo de verdad en alguna de las soluciones opuestas, y entonces será necesario demostrar que alguna de ellas son, en parte, verdaderas. No se pregunta si una cosa es ó no es, sino que cuáles son sus causas y sus consecuencias, sus relaciones con otras; entonces la cuestión se presenta bajo una forma simplemente indicativa y convendrá transformar el tema en una pregunta. Por ejemplo: *Del método en pedagogía*. ¿Cuál método conviene adoptar en pedagogía?

Quando se pide una definición, es necesario ante todo, distinguir si la definición es de palabras ó de cosas. Convendrá preparar con un acopio de análisis y de discusiones los elementos de las definiciones y concluir. El conocimiento de la historia de las teorías establece las definiciones propuestas. Entonces el sujeto se torna histórico y se puede formular así: comparar y conciliar las diversas definiciones que han sido dadas. Estas definiciones se presentan, posiblemente, en un orden progresivo, en forma que la siguiente rectifique ó complete la precedente, hasta llegar á una definición última que supere y comprenda todas las otras.

En los temas en que se trata de dependencia, de acción, de oficio, la regla más general es, que siempre que uno de los términos predomine en el desarrollo y establezca la unidad y las divisiones principales. Es menester elegir los términos más importantes y dividir el plan según las divisiones de estos términos.

Tratándose de distinguir dos cosas ó dos partes de una misma

cosa ó las diversas acepciones de una misma palabra, conviene dar primero una definición breve y precisa y ejemplos típicos de las dos cosas á distinguir, y después, agrupar las diferencias y reatarla, posiblemente, en las diferencias esenciales. Al distinguir las diversas acepciones de una palabra, se debe tener presente que la cuestión no es puramente verbal y que no se trata de un ejercicio de lexicografía sobre los sinónimos. Si la misma palabra tiene diversos sentidos, los hay que sirven para designar las cosas semejantes ó vecinas.

En las comparaciones puede ocurrir que se defina resumidamente los términos de comparación; después mostrar las semejanzas, luego las diferencias y alguna vez también las relaciones de influencia recíproca, procurando siempre apoyar con ejemplos las definiciones y los análisis. En fin, tratándose de distinciones y de comparaciones, no es necesario poner todas las semejanzas y las diferencias en el mismo plano, sino subordinarlas á las semejanzas ó á las diferencias esenciales que el lector no debe perder nunca de vista á través del desarrollo del tema.

Desarrollado el tema en sus diversas maneras expuestas en el argumento, convendrá resumir y concluir. El fin comparte con el principio los mayores honores del tema, porque si la introducción da la primera idea y comunica la primera impresión á los examinadores, el resumen y la conclusión, contiene en su espíritu todo lo que se ha expuesto, dejando la impresión más importante.

Las conclusiones hechas en pocas líneas, (que Horacio compara con una mujer bellísima, pero que termina en un pez), comprometen todo el desarrollo y deja en los examinadores una impresión desfavorable.

La conclusión no debe ser solo una recapitulación, sino un resumen del desarrollo entero; será una segunda edición abreviada del trabajo. La mejor es siempre aquella que, recapitulando estrictamente el contenido del tema, con algunas frases breves, netas, bien pulidas, resume el desarrollo, la idea madre, las ilaciones y cierra el desarrollo con la idea más comprensiva ó más elevada entre todas aquellas que se han expuesto.

V

Así como es necesario tener en cuenta el contenido, es necesario tener en cuenta la forma. El hombre, se dice, vale por lo que sabe; vale en gran parte por la forma como expresa lo que sabe. El valor del lenguaje y del estilo aumentan la fuerza de las razones y contribuyen en gran parte á la persuasión. Es necesario escoger el mejor modo y el más artístico para expresar las ideas y los hechos que se tienen.

Antes de hablar de las leyes de la elocución, será conveniente detenerse en una de las cuestiones más discutidas en estética, es decir, las relaciones entre la materia y la forma, ó más comúnmente, entre el contenido y la forma.

¿Consistió el hecho estético en el contenido solo, ó en la forma, ó en ambos á la vez? Si por contenido se entiende la emoción no elaborada estéticamente ó las impresiones, y por forma la elaboración, ó sea la actividad espiritual y la expresión, conviene establecer la tesis que hace consistir el hecho estético en el solo contenido (ó sea en las simples impresiones), como la otra que lo hace consistir en la unión de la forma al contenido, ó sea las impresiones más las expresiones. En el hecho estético — escribe Croce — la actividad expresiva no se une al hecho de las impresiones; pero estas vienen elaboradas y formadas. El hecho estético es forma y nada más que forma. En forma y contenido no podemos negar la relación indisoluble que los une; pero queremos indicar el *pasaje* del contenido á la forma, pasaje que no siempre se puede efectuar, aún cuando las ideas estén claras en nuestra mente. ¿Cuántas concepciones están destinadas á declararse contra la materia que es sorda para responder á la atención del arte!

Entre la potencia del pensamiento y la facultad de expresar hay una gran desproporción: un pensamiento profundo no es siempre elocuente, y por lo general cuanto más original es un pensamiento, es menos fácil de ser expresado; las palabras de la lengua común no responden á las ideas que son nuevas; el instrumento que el espíritu posee es defectuoso ó no basta.

Cuántos pensadores hay que no expresan claramente sus pensamientos. ¿Se dirá por esto, que en ellos el pensamiento no ha realmente germinado? Barzellotti, á propósito de G. Pascoli, escribía: «... La obscuridad del poeta ó del filósofo es — lo diré en el lenguaje de los químicos — un «residuo» de contenido, no pasado á través del proceso de la obra del artista, y por los cuales á ellos no les corresponde tocar «el último él». De este defecto de fusión compuesta de una materia riquísima de pensamiento, de intuición, de sentido íntimo de la naturaleza y del alma humana, con la forma de exquisito adorno trabajada por el poeta, depende *aquel no se qué de inexpresso y de imposible de expresarse*, que Pascoli deja sentir en sus versos, como un esfuerzo de su arte, no alcanzado siempre en la calma serena del clasicismo perfecto, en que el pensamiento se extiende sin ningún doblez. Es que en Pascoli, mente de escritor, nutrida de las mejores tradiciones clásicas, sobreabundaba la expresión artística de la individualidad del hombre, «*Individuum ineffabile*».

La claridad de ideas no basta para que el lenguaje sea preciso. ¿A cuántos de nosotros le habrá ocurrido haber dejado y vuelto á tomar, por varias veces, una página ó una frase que no traducía fielmente nuestro pensamiento? El trabajo del que escribe se asemeja mucho á aquel del pintor que quiere reproducir el rostro de un cuadro puesto delante de sus ojos. Tiene en su paleta todos los colores necesarios para obtener los colores más diversos; pero cuántas correcciones antes de reproducir la imagen que tiene delante

los ojos. Cada traducción, en cualquier lenguaje que sea, requiere no solo aptitudes especiales que la naturaleza concede á todos, después de larguísimos esfuerzos. Es menester cierto trabajo para que la lengua sea capaz del estilo y del tono de una disertación, porque pensamiento y forma, en el *passaggio*, son una misma cosa.

Entre las dotes de la elocución, la claridad ocupa el primer puesto. Para que resulte eficaz, para mover el ánimo ó la mente, es necesario sobre todo preocuparse de ser claros, haciendo aparecer el pensamiento en toda su verdad y entidad, distribuyendo las palabras en la proposición y en el período, de modo que no resulte incierto. Hay una falsa claridad la que es necesario evitar, que consiste en el uso de las palabras abstractas, muy frecuentes en pedagogía. Para muchos candidatos, estas palabras tienen una gran fuerza de seducción, un aspecto científico; pero esto no es más que apariencia, pues cuando la palabra no tiene un sentido concreto, se tiene una noción verbal pura y simple.

Para conseguir la claridad se requiere la pureza y la propiedad. Con la pureza, cada idea se expresa con palabras, locuciones y construcciones pertenecientes á nuestra lengua. Si existe un deber hacia la ciencia, existe también otro hacia el idioma patrio. El ejemplo de Galileo nos enseña que se puede escribir en italiano hablando de logaritmo y de cálculo sublime; y, tratando de pedagogía, no se debe olvidar qué conceptos pueden expresarse en forma simple!

La propiedad que deja ver casi por entero la palabra, á través de la frase, el concepto límpido y luciente, proviene de la perspicacia, que es el mejor don del estilo.

El mayor grado de claridad, es la evidencia. Claridad en el escrito, evidencia en la argumentación. Puede haber claridad sin evidencia, ya que la claridad se consigue con la abundancia de palabras; la evidencia, en cambio, nace de la variedad de los conceptos y de las expresiones, de la exacta distribución de las ideas principales, del colorido y dependencia de las secundarias, de la distribución de los conceptos en períodos, de la propiedad y exactitud de los términos, de la mayor parsimonia posible de palabras y del uso ora del período, ora de la sentencia, ora de la cláusula.

En la evidencia la parte principal es la precisión, la cual consiste en representar el concepto propio con la mayor limpieza de líneas y de contornos. La precisión es uno de los caracteres principales de los componentes pedagógicos, en los cuales se emplea un lenguaje claro.

Teniendo en cuenta la sobriedad, no se excede nunca de los límites asignados por el sujeto, se evita el interés superfluo, se dejan á un lado las digresiones, las cuales, exagerando, hacen perder de vista el conjunto. Esto es esencial en pedagogía, donde los problemas se enlazan y las soluciones son sólidas. La sobriedad es sobre todo oportuna en un examen.

Junto con la sobriedad está la concisión, con la cual, «se reúnen, por decir así, los haces luminosos del concepto en un sólo punto, como el joyero recoge las luces del diamante y la hace más viva, apagándolo alrededor, y reduciéndolo en la punta». La concisión, la cual puede ser de pensamiento como de palabra, no es nunca abso-

luta, sino relativa. Se puede ser breve en un libro de miles de páginas y se puede ser prolijo en un escrito de pocas líneas. Aquellos candidatos, por ejemplo, que exponen los conceptos rodeados de muchos accesorios, que no se preocupan de dar importancia á lo superfluo, inútil, resulta prolijo.

Otro don de la elocución tan importante como el anterior, es la conformidad, la cual consiste en la entonación y en el colorido especial que debe tener el escrito, según el argumento de que se trata, y en decir sólo lo que se debe y conviene decir.

A todas estas cualidades, es necesario agregar otra, la más importante, la elegancia. Con la corrección y la claridad, decía Voltaire, *se puede escribir bien*, pero es con la elegancia que se llega á escribir bien, no con la elegancia rebuscada, retórica que se pierde en palabras vanas, pero sí con la otra echa á base de verdad, de simplicidad y de gentileza, á los cuales se deben las obras de arte y de cultura más bellas. Hay quienes se engañan creyendo resultar elegantes con los trapos y las figuras retóricas. El lenguaje figurado, que no deriva del artificio retórico, aumenta la belleza del estilo, y si conviene á los trabajos de imaginación y de sentimiento, también á los componentes pedagógicos, los cuales deben ser ante todo, trabajo de razón.

Todavía muchas de las «metáforas de moda», como la llama Fornaciari, pueden emplearse. La elegancia hace de la pureza, y especialmente de la propiedad, su fundamento. Pero á la elegancia no le bastaba propiedad sino también la simplicidad, de la que procede la evidencia y la eficacia de los escritos; y sin la naturaleza, con la cual los pensamientos se desarrollan espontáneamente, y en virtud de la cual la palabra y la frase, elegida y arreglada para significar un cierto pensamiento, no son propios y naturales en sí, pero están en relación con las palabras, con las frases y con los pensamientos que componen todo el desarrollo.

Además de la propiedad, la simplicidad y la naturaleza, para obtener la verdadera elegancia es necesario una cierta novedad de ideas, la variedad y la armonía.

Acerca de la novedad no es necesario dejarse ir por la vanidad de decir cosas nuevas y extraordinarias: la novedad no está en la cosa, sino en el concepto, porque puede ser un hecho conocido, de modo que el que escribe puede sustituir el concepto por otro más ordenado, más sincero y más vivo que aquel que podía tener antes. La variedad se obtiene alternando razones, sentimientos, imágenes, cambiando el tipo del período y variando el vocabulario propio. La armonía resulta de la buena colocación de las palabras, del colorido que los pensamientos principales reciben de los secundarios, de la elección de los períodos más arreglados á la naturaleza de los conceptos que se quiere significar, y en fin, de la relación de una parte con las otras y de las partes con el todo. La elegancia es la suma de todas las mejores cualidades del estilo. Requiere corrección de lenguaje, conocimiento del vocabulario, gusto y discernimiento. No se enseña, pero se adquiere leyendo los escritores que han pensado profundamente.

VI

Hecha la primera parte del trabajo, para que se pueda juzgar la obra propia, es menester dejar ir un poco de tiempo, hasta que haya cesado la excitación intelectual. Después convendrá leer atentamente lo que se ha escrito, para cerciorarse de que el tema ha sido tratado bajo todos los aspectos, que el material ha estado bien elegido, que el preámbulo sea rápido y preciso, la argumentación neta y evidente, la conclusión rigurosa y eficaz.

Deteniéndose en la forma es necesario escudriñar mejor las cosas dichas, examinar atentamente cada idea, cada palabra, estudiar bien las relaciones entre los conceptos, entre los raciocinios, entre los hechos, tratar de que haya delicadeza en las transiciones de un argumento al otro, proyección continua de luz sobre la idea madre y sus descendientes, asegurarse que la cualidad del estilo se mantenga del principio hasta el fin, que la estructura de los períodos siga el desarrollo natural del pensamiento, que no se abuse de perífrasis, de metáforas, de comparaciones, de adjetivos y de superlativos, que no haya frases largas, que no haya términos comunes ó rebuscados, incidentes y paréntesis interminables, proposiciones inconexas, períodos largos, modos de decir extraños, ó demasiado elevados ó demasiado vulgares; expresiones vagas ó amplias, términos sin un significado preciso, fórmulas abstractas, imágenes grotescas, énfasis, afectaciones ó declamaciones.

Sacando con mano inexorable todas las cosas inútiles, y corrigiendo sin falso amor propio todo aquello que la improvisación puede haber tenido de defectuoso, no se debe prestar demasiada atención á las reformas nuevas y súbitas que ofrece la imaginación. Corregir no es siempre mejorar; es necesario colocarse, de cuando en cuando, con un esfuerzo de la imaginación, en el estado de mente y de ánimo en que se encontraba al hacerse el plan del trabajo, y comparar nuestras correcciones con el criterio que, en aquel momento, se juzgaba: criterio menos minucioso, pero más largo, más ágil, más instintivamente seguro que la crítica lenta y tranquila. Es una ley psicológica ineludible que cada representación y cada agrupación de representaciones que acompaña á un análisis minucioso, pierde la intensidad de su tono afectivo. Si, después de la corrección, leyendo el trabajo se comprende bien y se goza al leerlo, y más al releerlo, entonces se puede transcribir una bella copia. Al volverlo á copiar se corrige la puntuación, la acentuación, la ortografía y la escritura. «También en las comas entra el arte» decía Tommaso, y Tomás escribe: «La acentuación y la puntuación representan el adorno del estilo — adorno que lo hace valer — la ortografía y la escritura con la decencia y el pudor».

LUIS GUARNIERI.